

nios : otra vez el hombre toma á la mujer y la mujer toma al hombre conforme al solemne rito :

« De este día en adelante, en suerte ó en desgracia, en riqueza ó pobreza, en salud ó en enfermedad, deben quererse y auxiliarse hasta la muerte guardándose fidelidad recíproca. »

Estas palabras repite para sus adentros mister Car-ker, con la boca estirada, al tiempo que por las calles de la ciudad dirige su caballo buscando los más limpios pasajes.

CAPÍTULO XXXII

EL GUARDIA MARINA DE MADERA SE VA EN PEDAZOS.

El digno capitán Cuttle permaneció algunas semanas en su fortificado retiro, sin separarse un ápice de sus prudentes precauciones para evitar una sorpresa : precauciones tanto más indicadas cuanto menos aparecía el enemigo. Argüía el capitán que aquella seguridad aparente era demasiado profunda y duradera con exceso : sabía que cuando el tiempo está en un buen cuadrante rara vez son inútiles los toldos. Además conocía perfectamente bien el carácter de Mac Stinger y no dudaba que esta heroica mujer se habría jurado á sí misma no cejar hasta descubrirle y capturarle. Temblando ante tales consideraciones el capitán Cuttle llevaba una vida completamente retirada. Pocas veces salía de la tienda y aun entonces de noche : sólo se aventuraba en las calles oscuras y, sobre todo, nunca se arriesgaba en domingo. En fin, tanto intramuros de su fortaleza como al descubierto se guardaba de los sombreros de mujer lo mismo que si los llevaran leones furiosos.

El capitán no sabía qué determinación tomar en el caso de tropezar con Mac Stinger, en alguna salida ; no creía posible, en tal caso, una resistencia. Ya se

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

veía, con los ojos de la imaginación, encerrado en un coche y conducido á su anterior alojamiento: una vez allí emparedado, ya no tenía duda, era hombre perdido; mistress Mac Stinger le vigilaría día y noche, acumularía los reproches sobre su cabeza en presencia de la familia infantil, se convertiría en objeto de desconfianza y recelo, los chicos le tendrían por ogro y la madre por traidor descubierto.

Cuando se presentaba á la mente del capitán este cuadro sentíase completamente abatido y le entraban copiosos sudores. Entonces tenía que salir á tomar el aire y hacer un poco de ejercicio. Pero bien se hacía cargo del peligro en que se metía: por esto se despedía de Rob con la solemnidad de un hombre que acaso no volvería jamás, exhortándole á que si él (el capitán) llegara á perderse por algún tiempo, él (Rob) no se apartara del sendero de la virtud y tuviera siempre los instrumentos náuticos bien limpios y pulidos.

Pero no lo abandonaba todo á la suerte: también tomaba sus precauciones para que, si se veía detenido, no le faltaran comunicaciones con el mundo exterior. Al efecto, concibió el capitán Cuttle la idea de adiestrar á Rob en el empleo de una señal secreta mediante la cual pudieran ambos corresponder en el caso de adversidad. Después de maduras reflexiones decidióse el capitán por enseñar á Rob aquella cancioncilla marinera de « á la vía y alegría ». Y efectivamente, Rob llegó á saberla silbar con toda la perfección que podía esperarse de un hombre de tierra. Entonces inculcó el capitán en la mente de Rob las instrucciones siguientes:

— Ahora, muchacho, tente firme. Si llegan á cogirme...

— ¡A cogerle! — exclamó Rob abriendo desmesuradamente los ojos.

— Es decir — explicó el capitán con aire sombrío — si salgo con intención de volver á la hora de cenar y ves que no vuelvo, tú, dentro de las veinticuatro horas, vete derecho á Brig-Place y situándote cerca de mi antiguo punto de amarre, ponte á silbar esa canción que te he enseñado. Lo harás con todo disimulo, como si no fuera nada ¿comprendes? Si oyes que te contesto en el mismo tono, chiquillo, lárgate á todo trapo y no vuelvas hasta pasadas otras veinticuatro horas. Pero si te contesto en un tono distinto estate bordo á tierra hasta que te haga yo otras señales. ¿Comprendes?

— Que me esté bordo á tierra... — contestó Rob — y ¿qué es eso?

— Vamos, hombre ¡qué torpe! — dijo al capitán mirando á Rob con severidad. — No sabes las cosas más sencillas. Bordo á tierra quiere decir que te estés al paio, que te estés por allí sin marcharte lejos. Y ahora ¿comprendes?

— Sí, señor — contestó el muchacho.

— Bueno; pues nada más que esto. Ya lo sabes.

Con estas precauciones el capitán se quedó algo más tranquilo.

Para ver cómo practicaba Rob la maniobra que le había enseñado, hacia este ejercicio: se retiraba á la trastienda, en el supuesto táctico de que este era el encierro de Mac Stinger: desde allí, por la especie de aspillera que había abierto en la pared, seguía los movimientos del chico en el supuesto táctico de que la tienda era Brig Place. Rob lo hacía todo tan bien y con tan exacta precisión que el capitán muy satisfecho le gratificó más de una vez con monedas

de seis peniques. De esta manera iba entrando en el capitán Cuttle la resignación natural de quien hace todo lo humanamente posible para remediar los daños de la malaventura.

Por supuesto que el capitán no quería exponerse á estos daños y los evitaba cuanto podía. No sabía, después de tomadas estas precauciones, más de lo que había sabido hasta entonces. Sin embargo, pensó que en calidad de amigo de mister Dombey, no podía excusarse de asistir á su boda (de la que tuvo conocimiento por Perch) y de dejarse ver, con cara sonriente, en el coro. De esta manera, tomó un coche, y con las cortinillas corridas llegó hasta la puerta de la iglesia. Tal vez no se hubiera atrevido á tanto si no hubiese considerado que las creencias de Mac Stinger, como adicta á las predicaciones del reverendo Melchisedech, hacían particularmente improbable su presencia en el templo anglicano.

Volvió el capitán á su fortaleza sano y salvo y reanudó su vida acostumbrada, sin tener otros motivos de alarma que los que le causaban los sombreros de mujer, al pasar por la calle. Pero también sufría el capitán otra aflicción: también le atormentaba otra pena y era que continuaba sin noticias del barco de Wálter. Tampoco las había recibido de Sol Gills. No conocía Florencia la desaparición del anciano: el capitán no se había atrevido á comunicársela. Ciertamente, al ver de qué manera iban desvaneciéndose las esperanzas que había puesto en Wálter, en aquel corazón juvenil, noble y generoso, el capitán Cuttle se inclinaba á no hablar nunca más con Florencia. Si hubiera tenido noticias, alguna noticia lisonjera, entonces sí; entonces no le habrían acobardado la lujosa mansión y las espléndidas

habitaciones, ni tampoco le habría detenido la impresión que le había causado aquella gran señora, vista en la iglesia. Pero, como no aparecía en el horizonte ninguna esperanza, prefería el capitán guardarse la aflicción para él y, verdaderamente, la idea de una visita de Florencia le asustaba casi tanto como encontrarse á Mac Stinger.

Era una brumosa y fría tarde de invierno. El capitán Cuttle había mandado encender lumbre en la chimenea del comedor que ahora, aun más que antes, parecía un camarote. Oíase el ruido de la lluvia y el viento y cuando el capitán subió á la azotea de la casa para darse cuenta del tiempo se sintió abatido al ver tanta desolación y tristeza. No porque asociase en su mente la idea de aquel tiempo con la desventura de Wálter, pues bien comprendía que si la Providencia le había abandonado ya esto sería cosa bien lejana: no, no era por tales pensamientos, sino por una influencia exterior, distinta de las que podían afectar sus ideas: era que se desvanecían sus esperanzas, como ha sucedido y sucederá á tantos hombres mientras la humanidad exista.

Vuelta la espalda al viento y aguantando la lluvia estuvo contemplando el capitán cómo caía el agua en los tejados. Veía, además, otros objetos: unos cajones, que sirvieron de empaque para te y ahora eran el refugio de unas palomas de Rob que arrullaban de un modo plañidero: un descompuesto guardia marina que servía de coronamiento á una veleta con su autejo en la mano y en otros tiempos había sido visible desde la calle, ahora se encontraba arrinconado y chirriaba girando sobre su eje oxidado. Sobre el paño basto de que estaba hecha la casaca de capitán brillaban las gotas de agua como cuentas del

vidrio : con dificultad resistía el empuje del viento noroeste, capaz de empujarle y derribarle por la barandilla á la calle. « Si la Esperanza se halla en alguna parte esta noche — pensó el capitán sujetándose con la mano el sombrero — seguramente que se ha quedado en casa; no hace tiempo para estar fuera. » Con esto y moviendo tristemente la cabeza, el capitán se retiró de su observatorio.

Bajó lentamente á la habitacioncita comedor y sentado en su acostumbrada silla se distrajo mirando la lumbre. ¿Estaría allí la Esperanza? No; tampoco estaba. Sacó la pipa y la petaca y se puso á fumar contemplando las nubecillas de humo formadas á impulso de sus labios : tampoco aparecía por allí la Esperanza, ni siquiera una punta de áncora. Se sirvió un buen vaso de grog; pero melancólicamente advirtió que en el fondo del vaso no había más que realidades tristes y así no tuvo ánimos para consumirlo. Dió un par de vueltas por la tienda y buscó á la Esperanza entre los instrumentos; pero todos obstinadamente verificaban cálculos referentes al extravío del barco : no obstante los esfuerzos del capitán para no verlo, siempre tenía ante su vista los abismos del mar.

El viento continuaba rugiendo y la lluvia azotando las puertas, cerradas, de la tienda. El capitán se acercó al guardia marina, recogido en el mostrador y secándole el uniforme con su manga se dió á pensar cuántos años había visto pasar el guardia marina sin cambio alguno en la tripulación de su nave y cómo de repente, en un día, habían acaecido, de pronto, todos aquellos cambios. La pequeña tertulia que en el comedorcito acostumbraba reunirse, se había dispersado. Ya no había allí quien escuchase la balada de la « adorable

Margarita » aun suponiendo que existiera alguien capaz de cantarla — y no había nadie: el capitán estaba persuadido de que nadie podía cantar aquella balada más que él y ciertamente no tenía valor para cantarla. Faltaba el animoso rostro de Wálter — aquí cambió el capitán Cuttle la dirección de su manga : no la llevó á secar el uniforme del guardia marina sino á sus propios ojos. La familiar peluca y los botones de Solomón Gills no eran más que una visión del pasado. Richard Whittington se había roto la cabeza. Todos los planes y proyectos en relación con el guardia marina de madera iban á la deriva, sin arboladura y sin timón por el desierto de los mares.

Mientras que el capitán, con semblante abatido se abismaba en tales pensamientos sin dejar de enjugar al guardia marina con afectuoso ademán de amigo, oyéronse golpes en la puerta, estremeciendo á Rob que estaba mirando al capitán y preguntándose para sus adentros, por la milésima vez, qué crimen tendría aquel hombre sobre su conciencia para esconderse de aquel modo.

— ¿Qué es eso? — preguntó el capitán á Rob, en voz baja, al oír los golpes.

— Alguien está llamando, capitán — contestó Rob.

Inmediatamente se levantó de la silla el capitán y andando de puntillas se acogió á la trastienda encerrándose con cerrojo en ella. Rob abrió la puerta pero no tuvo necesidad de parlamentar porque su consigna se refería á las mujeres y quien llamaba era un hombre que entró rápidamente guareciéndose de la lluvia.

— Le ha caído que hacer á Burges y C^{ia}, á cual quier precio — dijo el visitante mirándose compasivamente

las piernas mojadas y sucias de lodo — ¡Ah! ¿Cómo está usted, señor Gills?

Este saludo se dirigía al capitán que salía de la trastienda simulando que era casualidad.

— Muchas gracias — continuó el visitante sin esperar la contestación á su saludo — yo sigo bien, gracias. Mi nombre es Toots.

El capitán recordó haber visto á aquel joven en el casamiento de mister Dombey y le saludó con una reverencia. Después Toots se quedó sin saber qué decir, como de costumbre : estrechó la mano del capitán, se rió y á modo de recurso fué á Rob y también le estrechó las manos como si se tratara de un íntimo amigo.

— Oiga usted; quisiera hablar con usted dos palabras, señor Gills, si usted gusta — dijo al fin Toots con sorprendente presencia de ánimo. — Oiga usted: la señorita D, O, M, ¿sabe usted?...

El capitán, como respuesta grave y misteriosa señaló con su mano postiza la trastienda y en ésta entraron ambos.

— Dispense usted — dijo Toots mirando al capitán cuando iban á sentarse junto á la lumbre. — No sé si conoce usted al Pollo...¿No?

— ¿Al Pollo?... repuso el capitán con asombro.

— El campeón de box Pollo-de-pelea ó también Pollo-bravo.

El capitán movió la cabeza negativamente. Entonces Toots le expuso los méritos del Pollo, en particular su triunfo glorioso en el encuentro con el « Nobby Shropshire One »; pero esta exposición no produjo en el capitán mucho efecto.

— Bueno; pues está esperando en la calle — dijo

Toots. — No tiene importancia; puede que no se moje mucho.

— No hay inconveniente en que pase á la tienda — dijo el capitán.

— En este caso — dijo Toots muy contento — voy á decirle que entre, Y se lo agradezco á usted mucho, porque la humedad ¿sabe usted? es muy perjudicial para los músculos.

Con esto salió Toots á la puerta de la tienda, silbó de una manera particular y al instante se presentó un mocetón vestido con levitón velludo blanco y cubierto con sombrero de alas grandes. Tenía la nariz aplastada y una calva detrás de cada oreja.

— Siéntese usted, Pollo — le dijo Toots.

El complaciente Pollo escupió unas pajitas que estaba mascullando y sacó del bolsillo otras que tenía de reserva para la misma operación.

— ¿No habría á mano alguna cosa que beber? — dijo el Pollo. — ¡Buena noche está haciendo para un hombre de mi condición!

El capitán Cuttle ofreció al Pollo un vaso de ron y éste se lo bebió de un trago después de expresar su agradecimiento con la fórmula « á su salud ». Mister Toots y el capitán Cuttle se volvieron á la trastienda, sentándose al lado de la lumbre.

— Señor Gills — empezó á decir Toots.

— ¡Alto! — interrumpió el capitán. — Yo me llamo Cuttle.

Toots se quedó mirando al capitán, desconcertado, mientras éste añadía :

— Soy el capitán Cuttle, Inglaterra es mi patria, mi domicilio es éste y bendiga Dios todo lo creado — Job — dijo el capitán dando autoridad con este nombre á su citación bíblica.

— ¡Oh! ¿Y no podré ver á mister Gills? — dijo Toots. — Sin embargo...

— Si pudiera usted ver á Sol Gills, caballero, — dijo el capitán poniendo su pesada mano en la rodilla del joven Toots — al viejo Sol, entiéndalo usted bien, si pudiera usted verle con sus propios ojos, sentado aquí, como lo está usted, sería usted más bienvenido para mí que un viento fresco para una nave en calma chicha. Pero usted no puede ver á Sol Gills. Y ¿por qué no puede usted ver á Sol Gills? — añadió el capitán que, por la cara de Toots, comprendía la impresión producida por sus palabras — usted no puede ver á Sol Gills... porque está invisible!

En medio de su confusión iba á contestar el joven Toots que aquello no tenía importancia; pero acertó á detenerse á tiempo diciendo:

— ¡Dios nos valga!

— Este hombre — añadió el capitán — ha dejado á mi cargo esta casa, por medio de un escrito; pero aunque ha sido para mí tan bueno como pudiera serlo un hermano, no sé á dónde se ha ido ni por qué se ha ido. ¿Se ha marchado en busca de su sobrino ó es que ha sufrido algún trastorno de la cabeza? no sé nada. Una mañana al amanecer saltó por la borda, sin ruido. Le he buscado por todas partes, pero desde aquella hora ni he visto ni he oído nada que me indique sobre él la más mínima cosa.

— Pero miss Dombey nada sabe — dijo Toots.

— ¿Y cómo quiere usted que lo sepa? — interrumpió el capitán Cuttle bajando la voz. — Usted, en su sensible corazón comprenderá que no hay necesidad de darla este disgusto, mientras se pueda tener alguna esperanza. Esta amabilísima criatura había tomado cariño á Sol Gills, con una afabilidad, una deli-

cadeza, una... pero usted lo comprenderá... ¿no es cierto?

— Creo que sí — contestó el joven Toots poniéndose muy colorado.

— ¿Y usted viene aquí de su parte? — dijo el capitán.

— Eso es — contestó el joven.

— Pues todo lo que observo es — añadió el capitán — que usted conoce á un ángel y ha recibido esa comisión de un ángel.

Toots se apoderó inmediatamente de la mano del capitán, pidiéndole que le permitiera ser su amigo.

— Palabra de honor — dijo Toots seriamente — le estaré á usted muy obligado si quiere dispensarme el favor de su amistad. Tendré mucho gusto en tratarle; mucho. En realidad, necesito un amigo. Pablito era mi amigo en casa de Blímber y seguiría siéndolo si viviera. El Pollo no está mal — añadió Toots bajando la voz — es admirable en su clase... el hombre más perspicaz del mundo y de una habilidad tal que no le iguala nadie en la lucha, según dicen, pues yo no lo sé; pero en fin, no lo es todo. Francamente, le estaré á usted muy agradecido si quiere usted cultivar nuestra amistad.

El capitán Cuttle recibió esta proposición con mucha cortesía, pero no dijo que aceptaba; únicamente contestó. « Bien, bien, joven; ya veremos eso, ya veremos. » Y en seguida volviendo al objeto de la visita pidió á Toots que le expusiera su misión.

— Pues el caso es — replicó Toots — que he hablado con esta joven hace poco rato. No miss Dombey; Susana, ¿sabe usted?

El capitán movió la cabeza una vez, al mismo

tiempo que con la seria expresión de su rostro indicaba el respeto que aquella joven le merecía.

— Diré á usted como ha sucedido esto — añadió Toots. — Yo suelo ir á casa de miss Dombey. No lo hago de propósito, claro está; pero con frecuencia tengo que ir por aquel barrio y entonces, ya que estoy por allá ¿sabe usted? llamo.

— Naturalmente — observó el capitán.

— Eso es — prosiguió Toots. — Así he llamado esta tarde. Y, palabra de honor, no se puede usted formar una idea de lo angelical que miss Dombey estaba esta tarde.

El capitán manifestó con un movimiento de cabeza que habría personas incapaces de figurárselo, pero que él no pertenecía á este número.

— Cuando ya me marchaba — dijo Toots — Susana me ha llamado de la manera más inesperada y me ha llevado á la despensa.

El capitán dió muestras de que el procedimiento le parecía malísimo : se movió en la silla y miró á Toots con desagrado, con hostilidad casi. Pero Toots sin advertirlo continuó :

— Allí sacó del bolsillo este periódico, diciéndome que lo había tenido todo el día escondido, porque en él se daba una noticia concerniente á persona conocida de miss Dombey, como también lo fué de su hermano. Con esto me señaló el suelto en cuestión. Luego me ha dicho... espere usted un minuto, que me acuerde... me ha dicho...

Toots absorto completamente en la meditación acerca de qué le había dicho Susana, tropezó con la mirada del capitán y entonces se confundió todavía más. Al fin se pudo tranquilizar y encontrando lo que se había extraviado en su memoria, continuó :

— Ya estoy : esto es. Lo que me ha dicho es que tiene la esperanza de que la noticia sea falsa; pero que no puede salir de casa para averiguarlo porque llamaría la atención de miss Dombey : de modo que me ha pedido el favor de que lo averigüe yo y le comunique el resultado. Para esto me ha dicho que vea á mister Solomón Gills, tío de la persona interesada y le pregunte qué hay de verdad en la City. Para el caso de que mister Gills no pudiera darme noticias me ha dicho que me las dará el capitán Cuttle... precisamente : ahora caigo — añadió Toots como si realizara un descubrimiento — se trata de usted mismo, capitán; de usted mismo.

El capitán dirigió una mirada al periódico que Toots tenía en la mano y suspiró con intranquilidad.

Pues bien — prosiguió Toots — la razón de que haya venido yo aquí tan tarde es que antes he ido á Finchley á buscar un alpiste muy rico (que no se encuentra más que allí) para un pájaro que tiene miss Dombey : pero inmediatamente después he venido. Supongo que habrá leído usted el periódico...

El capitán, que tenía buen cuidado de no leer periódicos por si acaso hablaban de él anunciándolo, por inserción de mistress Mac Stinger, con todos sus nombres y señales, movió la cabeza negativamente.

— ¿Quiere usted que le lea la noticia? — preguntó Toots.

El capitán hizo señal afirmativa y Toots leyó las siguientes líneas en la sección de informes marítimos :

« Southampton. La fragata *Defiance*, capitán Henry James, llegada hoy á este puerto con cargamento de azúcar, ron, café, comunica que hallándose en el sexto día de navegación, viniendo de Jamaica y por los... de latitud y... de longitud... No sé cómo se lee

esto — añadió Toots después de examinar vanamente los números.

— ¡Adelante! — exclamó el capitán dando un puñetazo en la mesa. — ¡Vira á proa, muchacho!

— ... Latitud — repitió Toots mirando asustado al capitán — y longitud. El vigía observó media hora antes de la puesta del sol que derivaban diferentes fragmentos de nave, á distancia como de una milla. Como el tiempo era abonanzado, el capitán de la *Defiance* mandó un bote en reconocimiento de aquellos objetos resultando que eran de un brig inglés, de algunas quinientas toneladas de porte, leyéndose en tablonés de popa el nombre *Hijo y H...* no siendo posible completar esta última palabra. No había cadáveres ni objeto alguno personal. La *Defiance* continuó su rumbo, por haberse levantado viento, sin volver á encontrar cosa alguna perteneciente á este naufragio, pues no hay duda de que se trata de la pérdida del *Hijo y Heredero*, de Londres, despachado para las Barbadas; seguramente ha sido víctima de los últimos temporales señalados en aquella zona.

El capitán Cuttle había conservado en su corazón hasta entonces más esperanza de la que él mismo presumía. Pero esta noticia le anonadó absolutamente. Mientras escuchaba la lectura y aun por espacio de un minuto después, estuvo mirando fijamente á Toots. Luego se levantó de pronto, se puso el sombrero de hule que en cortesía para el visitante había dejado encima de la mesa; se volvió de espaldas y se quedó inmóvil con la cabeza apoyada en el mármol de la chimenea.

— Palabra de honor — dijo Toots cuyo sensible corazón se conmovió ante el dolor del capitán — las cosas del mundo son tristísimas : cuanto más se las

va conociendo más desagradables resultan. Mejor hubiera sido para mí no entrar nunca en posesión de mis bienes. ¡Valiente cosa va resultando el mundo! Es peor que la casa de Blimber.

El capitán Cuttle se volvió ligeramente hacia Toots indicándole que no hiciese caso de él. Con el sombrero echado atrás, corriéndole las lágrimas por su atezado rostro, tornó el capitán á apoyar su cabeza en el mármol.

— ¡Wálter, hijo mío, adiós! — murmuró el capitán. — Wálter, amigo mio, camarada mio... Si ¡te quería mucho! No era mi carne, ni mi sangre — dijo el capitán con la mirada fija en la lumbre — y sin embargo, tengo el dolor de haber perdido un hijo. ¿Por qué? Porque en él no he perdido solamente un ser; he perdido doce. ¿Que ha sido de aquel colegialito de sonrosada cara y rizados cabellos que alegre como pieza de música á este comedorcito venía de domingo en domingo? Lo he perdido con Wálter. ¿Qué ha sido de aquel joven tan despejado é incansable que daba gusto verle y que se ponía colorado como un pavo cuando hablando de « Delicias del corazón » bromeábamos con él? Lo he perdido con Wálter. ¿Qué ha sido de aquel espíritu varonil, que no podía ver al anciano triste ni un minuto sin él también entristecerse? Lo he perdido con Wálter. No es sólo un Wálter : es una docena de Wálter en quienes estaba mi cariño y que se despidieron de mí con un abrazo solo!

Toots permanecía en silencio, doblando el periódico en innumerables y pequeños dobleces.

— Y Sol Gills — siguió diciendo el capitán con la mirada fija en la lumbre — pobre viejo amigo ¿á dónde fuiste? A mi cargo estabas : « Cuide usted de mi tío ». Sí; ¿qué ha sido de Sol, qué puedo decir yo de

29085

él á quien ahora me lo puede preguntar desde el cielo? ¡Sol Gills, Sol Gills! Ver este periódico allá, Dios sabe donde, lejos del hogar, no tener un amigo á quien comunicar tus penas, es cosa capaz de desesperarte y quitarte la vida.

Lanzando un profundo suspiro el capitán se tornó hacia Toots como despertando y dándose cuenta de la presencia de aquel joven.

— Muchacho — dijo el capitán — tiene usted que avisar á esa joven que la fatal noticia es cierta. No hay quien sea capaz de inventar noticias de ese género. Eso consta en el libro de derrota á bordo, y en éste no se miente. Por tanto, no se puede dudar de que la desgracia es efectiva. Mañana saldré, por la mañana, á informarme; pero desde ahora podemos asegurar que no habrá nada bueno. Si pasa usted por aquí después del medio día, le diré lo que haya; pero desde luego afirmo usted á esa joven, de parte del capitán Cuttle que todo está concluido... concluido!

El capitán se quitó el sombrero, sacó el pañuelo con su mano postiza, se secó la cabeza con desesperado ademán y volvió á guardar el pañuelo con el mayor abatimiento.

— ¡Oh! aseguro á usted — dijo Toots — que tengo una profunda pena, por más que no he estado relacionado con el caballero en cuestión. ¿Cree usted que lo sentirá mucho miss Dombey, capitán Gills... digo mal: mister Cuttle?

— ¿Cómo no? — repuso el capitán con cierta compasión por la candidez de Toots. — Naturalmente que lo sentirá muchísimo. Cuando era así de alta ya se querían uno al otro como dos pichoncitos.

— ¡Qué dice usted! — exclamó Toots poniéndose sumamente pálido.

— Estaban hechos el uno para el otro — añadió el capitán tristemente — pero ya todo se ha desvanecido.

— ¡Palabra de honor! — dijo Toots mezclando, emocionado, risotadas y lágrimas — eso aun me produce más pena. Usted no sabe, capitán Gills, que yo... yo adoro á miss Dombey... estoy enamorado de ella y me duele lo que me dice usted de su amor (la voz de Toots revelaba la vehemencia de sus sentimientos). Pero no sería profundo mi cariño si no me entristeciese su aflicción, cualquiera que fuese el motivo de donde procede. Mi cariño no es egoista, créalo usted: — añadió Toots con la confianza que le había inspirado el capitán desde que vió la ternura de sus afectos — hay en mí algo, capitán Gills, que me hace querer todo lo que miss Dombey quiera: soy capaz de dejarme atropellar por un coche ó tirarme de un altísimo sitio.

Dijo esto Toots en voz bastante baja para que no llegase á los oídos del Pollo, que le prohibía toda clase de tiernas emociones. El esfuerzo para atenuar la voz juntamente con la intensidad de sus afectos le hicieron ponerse colorado hasta las orejas: así, consideró el capitán que aquel joven tenía efectivamente un cariño desinteresado y como esto le hacía muy simpático, el capitán Cuttle dió una palmadita en la espalda, animándole con algunas palabras.

— Gracias, capitán Gills — dijo Toots — le agradezco mucho que á pesar de la turbación de su espíritu me dé ánimos. Como ya le he dicho, necesito efectivamente un amigo y quisiera que me permitiera usted frecuentar su trato. Aunque tengo una posición desahogada — añadió Toots con energía — no se puede usted figurar qué miserable bestia soy. La

gente que me ve con el Pollo ¿sabe usted? y con otras personas tan distinguidas como éste, se imaginan que soy feliz; pero no es verdad. Sufro por miss Dombey, capitán Gills. Los alimentos no me nutren: no tengo gusto ya en vestirme: lloro cuando estoy solo. Aseguro á usted que tendré una gran satisfacción en volver mañana, en volver cincuenta veces.

Dichas estas palabras, Toots estrechó la mano del capitán y disimulando su emoción á fin de que el Pollo no se enterase, salió á la tienda para reunirse con este eminente caballero. El Pollo, celoso por la conservación de su ascendiente sobre Toots, miró al capitán Cuttle de una manera poco amable; pero siguió á su alumno sin otras demostraciones de disgusto. Quedóse el capitán con su pena y Rob colmado de satisfacción por haber tenido el honor de permanecer una hora en compañía del vencedor del Nobby Shropshire One.

Largo tiempo hacía que Rob el Grinder estaba durmiendo en su cama, bajo el mostrador y todavía miraba el capitán la lumbre, sentado junto á la chimenea. Largo tiempo hacía que se había apagado la lumbre y el capitán seguía mirando los rústicos morrillos, llena la mente de ineficaces pensamientos acerca de Wálter y del viejo Sol. El apartado cuarto de arriba, donde la borrasca se sentía en todo su melancólico ruido no era sitio á propósito para que el capitán descansara. Así, al levantarse la mañana siguiente, se hallaba triste y fatigado.

Tan pronto como llegó la hora en que comúnmente se abren las oficinas en la City se dirigió el capitán á casa de Dombey é Hijo. Pero aquel día no se abrieron las puertas del Guardia marina de madera; todo siguió cerrado como en casa mortuoria.

La casualidad hizo que mister Carker entrase en la oficina justamente cuando el capitán llegaba á la puerta. Acercósele éste, grave y silencioso: Carker le dijo que le acompañase á su despacho.

— Mal negocio ¿eh, capitán? — dijo Carker situándose delante de la chimenea con su habitual postura y sin quitarse el sombrero.

— ¿Ha tenido usted más noticias de las publicadas ayer por la prensa? — preguntó al capitán.

— Sí señor — contestó mister Carker — he recibido más noticias. Es exacto lo publicado. Los aseguradores tienen una pérdida considerable. Lo sentimos mucho. No hay remedio. Así es la vida.

Mientras decía esto Carker se igualaba delicadamente las uñas con un cortaplumas y sonreía al capitán que estaba de pie y cerca de la puerta mirándole.

— Lamento la desgracia del pobre Gay — dijo Carker — y la de la tripulación: sé que había en ésta hombres muy dignos de estima: siempre ocurre lo mismo; hombres con familia que luego queda abandonada. Es un consuelo pensar que el pobre Gay no tiene familia, capitán Cuttle.

El capitán seguía mirando á su interlocutor sin quitar de él la vista. Carker echó mano á un periódico de los que tenía encima de la mesa, lo desdobló para leerlo y al mismo tiempo dijo al capitán:

— ¿Desea usted alguna otra cosa, capitán Cuttle?

— Deseo que tranquilice usted mi ánimo, señor Carker, con respecto á una cosa en que no me parece que será empresa fácil.

— ¡Ah, ah! — exclamó mister Carker. — ¿Y de qué se trata? Haga usted el favor de ser breve, porque tengo mucho que hacer.

— Pues véalo usted — dijo el capitán Cuttle avanzando un paso. — Antes de que mi amigo Wálter emprendiera este desastroso viaje...

— ¡Ah, ah! capitán Cuttle — interrumpió Carker — no saque usted á relucir eso de viajes desastrosos. No hay tales carneros, buen amigo. Tempranito ha empezado usted hoy á tomar su ración si ya se le ha olvidado que hay azares en todos los viajes, por mar como por tierra. No creo que vaya usted á hacer la suposición de que ese joven, ese no sé qué, se ha desgraciado por una tempestad formada en estas oficinas; ¡vaya, vaya! échese usted un sueñecito, capitán, y tómese una botella de agua de Seltz, que es el mejor remedio contra las inquietudes como la suya.

— Muchacho — contestó el capitán lentamente — porque para mí usted no es más que un muchacho y no necesito excusarme de emplear esta palabra; si á usted le gusta gastar bromas en estas circunstancias, usted no es el caballero que yo había pensado y si usted no es el caballero que yo había pensado razón de más para que yo no esté tranquilo.

Ahora, señor Carker, vea usted de lo que se trata. Antes de que mi pobre amigo se fuera obedeciendo órdenes, me explicó que no se iba por interés suyo ni porque ello significara un adelanto en su posición dentro de la casa : que él lo sabía. Yo me figuré que se equivocaba, se lo dije así y vine aquí, hablando con usted cortésmente y haciéndole dos ó tres preguntas para satisfacción mía. A estas preguntas me contestó usted, con toda libertad. Ahora, para tranquilidad mía repito y aunque el mal ya no tenga remedio, necesito saber si me he equivocado, si no hubiera hecho mejor en comunicar al anciano lo que su sobrino me dijo, si realmente, en fin, al dirigirse Wálter á la

sucursal de esta casa en las Barbadas iba para bien suyo. Señor Carker — añadió el capitán con su natural sencillez — cuando estuve aquí la otra vez simpatizamos ambos. Si por su parte me halla usted esta mañana menos agradable hágase cargo del estado de mi ánimo á causa de la desgracia que acaba de herirme y si alguna observación mía le ha molestado, me llamo Eduardo Cuttle y ruego á usted que me dispense.

— Capitán Cuttle — repuso Carker con la mayor cortesía — ruego á usted encarecidamente que me haga un favor.

— ¿Cuál es? — preguntó el capitán.

— El de marcharse — repuso Carker señalando la puerta — é irse á otra parte con su jerga.

El capitán se quedó lívido de indignación y de sorpresa : hasta la raya colorada hecha por el sombrero en la frente desapareció como un arco iris entre amontonamiento de nubes.

— Sepa usted — dijo Carker levantando el dedo índice aunque sin dejar de sonreirse y de enseñar los dientes — que fui demasiado indulgente con usted cuando la otra vez vino. Pertenece usted á una clase de gente audaz y astuta. En mi deseo de evitar que ese joven, como se llame, fuese despedido de esta oficina á puntapiés, mi querido capitán, le aguanté á usted. Una vez, pase; pero dos, no señor, no pasan. Con que, váyase, amigo.

El capitán estaba absolutamente clavado al suelo y enmudecido.

— Váyase — repitió Carker siempre sonriente, separando los faldones de la levita y de espaldas á la chimenea — váyase el sensiblero y de prisa si no quiere que se le apliquen violentas medidas. Si esta-

viera aquí mister Dombey probablemente saldría usted de más ignominiosa manera. ¡Ea! largo, largo!

El capitán llevó su poderosa mano al pecho como ayudándose á tomar aliento, miró á Carker de pies á cabeza y dirigió la mirada en derredor por la habitación sin saber positivamente lo que le sucedía ni dónde se encontraba.

— Por muy sagaz que sea usted, capitán Cuttle — prosiguió Carker con la soltura de un hombre de mundo que no se altera por haber descubierto alguna mala acción, sobre todo cuando no le concierne directamente — ya se le encontrarán los rincones... á usted y á su amigo, el ausente. ¿Qué ha hecho usted de ese amigo suyo, capitán? ¿Eh? ¿Qué ha hecho usted?

El capitán volvió á ponerse la mano en el pecho y después de tomar aliento se exhortó á sí mismo diciéndose « Tente firme! »

— De manera que ustedes arman muy lindas tramas, celebran muy lindos conciliábulos, dan muy lindas citas y reciben muy lindas visitas, ¿eh, capitán? — dijo Carker mirando con las cejas fruncidas y aguzando los dientes. — Pues no es flojo el atrevimiento de presentarse en esta casa. No le alabo la discreción. Como conspiradores, encubridores y alcahuetes dejan ustedes algo que desear. ¡Ea! ¿quiere usted hacerme el favor de marcharse?

— Muchacho — murmuró el capitán temblándole la voz y apretando el puño al mismo tiempo — tendría que hablar mucho para contestarle y no estoy ahora en disposición de ordenar ideas. Mi joven amigo Wálter se ha ahogado para mí anoche, puesto que hasta anoche no supe esta desgracia. Bueno; pero ya me oirá usted largo y tendido, ya me oirá usted,

muchacho — añadió el capitán levantando su mano postiza — ya me oirá usted, si vivimos.

— No le arriendo á usted la ganancia, buen amigo, si viene usted á buscarme — repuso Carker, siempre con la misma soltura — porque podría suceder que le descubriera y denunciase. No pretendo ser más moral que cualquier otro hijo de vecino; pero de la confianza de esta casa ó de alguna de las personas de esta casa no se abusará por tiempo indeterminado mientras yo tenga ojos y oídos. Buenos días.

El capitán Cuttle miró fijamente á mister Carker (éste le devolvió la mirada) y dejándole delante de la lumbre tranquilo como si no pasara nada, como si su conciencia estuviera tan pura como blanca la pechera de su camisa, se marchó.

Desde el pasillo vió que en el sitio antes ocupado por Wálter en el escritorio había un joven, otro joven de fisonomía tan franca como la de Wálter el día en que se bebieron la famosa botella de Madera en el comedorcito de Sol Gills. Aquella asociación de ideas produjo mucho bien al capitán: apaciguó su ira é hizo que se le saltaran las lágrimas.

Cuando llegó á casa del guardia marina de madera y se volvió á sentar junto á la chimenea del comedor, el capitán se dejó vencer por el sentimiento. Parecíale que la indignación y la violencia constituían un agravio á la memoria del joven víctima, que éste reclamaba silencio y que todos los pillos y malvados del mundo juntos no significaban absolutamente nada ante la pérdida de un amigo.

Lo único que en el ánimo del capitán se presentaba claro era que con haber perdido á Wálter todo lo tenía perdido. Si se reprochaba algunas veces, y hasta rudamente, el haber favorecido con su connivencia

los inocentes engaños de Wálter, también pensaba en este mismo Carker, tan perdido para él como si se hubiera hundido en el mar; pensaba en míster Dombey, tan lejano que no volvería á verle en su vida; en la « Delicias del corazón » desvanecida para siempre y en la « adorable Margarita » que había encallado en una roca destrozándose en ella su balada y su ritmo. Sentado en su sombría tienda, ocupada su mente por estos pensamientos, olvidaba la injuria y fija la mirada en el suelo veía pasar ante sus ojos, flotando en olas impalpables, fragmentos de todos sus naufragios.

Mas no por esto dejaba de tener presente el capitán lo que á la memoria del pobre Wálter debía, ni quería descuidar el cumplimiento de estos deberes en cuanto de su poder dependiese. Despertándose á sí mismo y despertando á Rob (que en la penumbra de la tienda cerrada se había dormido) salió el capitán á la calle escoltado por su dependiente y llevándose en el bolsillo la llave de la tienda. Dirigióse á uno de esos almacenes del extremo Este de Londres abundantes en todas cosas y allí compró dos trajes de luto completos : uno para Rob, excesivamente pequeño y otro para él, excesivamente grande. Compró también, para Rob, un sombrero, admirable por la diversidad de sus aplicaciones, pues así podía servir para un marinero como para un cargador de carbón : un sombrero de los llamados *sudoeste* y que constituía una novedad en dependientes de óptica. Declaró el vendedor que estos trajes les sentaban á maravilla y que era una rara coincidencia que cayeran tan bien no habiendo sido hechos á medida; á su parecer era un caso jamás visto en almacén de ropas hechas. Y en efecto debía ser cosa nunca vista,

pues habiendo salido de la tienda vestidos ya de nuevo no hubo persona por las calles que dejara de volverse á mirarlos con señales de asombro.

En esta forma recibió el capitán al joven mister Toots.

— Todas las noticias son malas — le dijo el capitán. — Se confirma lo del periódico. Ya puede usted decirselo á la joven para que se lo comunique á su señorita, con la precaución necesaria. Dígales también que me olviden; lo que no me impedirá pensar en ellas « cuando la noche venga con borrascas y el mar ruede en montañas. » Tome usted nota de esto que dice el doctor Watts, si encuentra usted la cita, hermano.

El capitán se reservó, para una ocasión más propicia, lo de si debía aceptar ó no el ofrecimiento de la amistad de Toots y así le despidió. Tan alterado se encontraba el capitán Cuttle este día que casi decidió no tomar en adelante más precauciones contra las sorpresas y dejar que mistress Mac Stinger le hallase si quería. Sin embargo, al llegar la noche el capitán mejoró bastante en energías y trabó conversación con Rob haciendo elogios muy sentidos de Wálter. Viendo al capitán con cuanta atención le escuchaba Rob, no pudo menos de manifestarle que estimaba mucho sus servicios y la fidelidad con que se conducía. No se sonrojó Rob por esta benévola apreciación del capitán; sentado frente á éste parecía que se emocionaba escuchando el relato y hasta se le caían lágrimas : en realidad hacía esfuerzos de atención para que se le quedase bien grabado en la mente lo que el capitán le contaba y que (como espía que era) deseaba conservar lo más completamente posible en la memoria.

Luego, cuando Rob se acostó y se durmió, el capi-

tán despabiló la vela, se puso los anteojos — veía más que un lince, pero en su calidad de óptico entendía que estaba en la necesidad de usar anteojos — abrió su libro de oraciones y se puso á leer el rezo de difuntos. Y así, leyendo en voz muy baja, deteniéndose de vez en cuando para secarse las lágrimas, pasó el capitán Cuttle en el comedorcito aquella noche.

CAPÍTULO XXXIII

CONTRASTES

Tornemos ahora sucesivamente la vista hacia dos casas; no están juntas, al contrario, están muy distantes una de otra, pero ambas fácilmente se comunican con la extensa ciudad de Londres.

La primera de estas dos casas está situada en la verde y montuosa región de Norwood. No es una mansión señorial, no tiene la pretensión de serlo, pero está hermosamente arreglada y esmeradamente cuidada. La pradera, los jardinillos de flores, los grupos de árboles entre los cuales se destacan las graciosas formas del fresno y del sauce, el invernadero, la rústica solana ornada con olorosas plantas trepadoras, la sencillez exterior de la casa, la cómoda distribución de sus habitaciones, hubieran convenido, salvo en sus reducidas dimensiones, á un lujoso palacio. Y en el interior era efectivamente un palacio por el refinamiento de su adorno. Colores ricos, excelentemente combinados, atraían la vista así en los cortinajes como en las tapicerías y alfombras. El mobiliario se adaptaba maravillosamente al tamaño de las habitaciones. No faltaban estampas y pinturas de mérito. Los libros, en estanterías elegantes que apro-